

NOTAS

SOBRE MÉTODOS: LOS MAPAS SINTÉTICOS DEL *ALMEX*

A Manuel Alvar compañero y amigo desde el Ajusco

El primer volumen del *Atlas Lingüístico de México* salió a la luz en 1991; tuvo a su cargo la presentación oficial de la obra la máxima autoridad en geografía lingüística hispánica: Manuel Alvar, quien muy generosamente hizo un amplio elogio del *Atlas* mexicano, destacando el valor de sus aportaciones a la dialectología y a la geolingüística hispánica.

Particular atención prestó en esa ocasión Alvar a los mapas *sintéticos* que había yo ideado con el propósito de proporcionar una visión global, concentrada, de todas las variantes alofónicas de determinados fonemas —los de realización más intensamente polimórfica— recogidas en nuestras encuestas. Se preguntaba Alvar si tales mapas, dado lo abigarrados que parecían a causa de la enorme información en ellos acumulada, no resultarían confusos y de difícil lectura; y ejemplificaba su temor confrontando la relativa oscuridad del mapa *sintético* número 35, correspondiente al fonema prepalatal africado sordo /ç/, con la claridad y sencillez de los mapas *analíticos* tradicionales números 89, 90 y 91, dedicados a las voces *techo* , *noche* y *leche* respectivamente.

Quisiera dar, a través de las líneas que siguen, una respuesta detenida a la justificada e inquietante pregunta de Manuel Alvar, partiendo de la paladina aceptación de que la lectura de los tradicionales mapas *analíticos* —de cualquier mapa analítico en sí mismo— será siempre más fácil, rápida y clara que la de los mapas *sintéticos* .

Di este nombre a los mapas en que recogíamos exclusivamente toda la información extraída de las grabaciones magnetofónicas en que habíamos capturado las conversaciones espontáneas sostenidas por cada informante con nuestro investigador en las 193 poblaciones visitadas a lo largo y ancho de todo México¹.

¹ En cada localidad hacíamos dos clases de encuestas: por un lado, la aplicación del cuestionario —fonético, morfosintáctico y léxico— a un mínimo de tres informan-

Los mapas sintéticos se prepararon así: hecha la encuesta, el investigador escuchaba cuidadosamente —ya en la ciudad de México— la grabación magnetofónica de la conversación sostenida con el informante, y tomaba nota de todas las realizaciones (alófonos) del fonema objeto de análisis, calculando finalmente el índice de aparición —proporción de uso— de cada variante. Esto se hacía con cada una de las cuatro encuestas grabadas en cada localidad, y el resultado se consignaba en el mapa. Así, la lectura de un caso como el del fonema /r̄/ (Mapa 40) en la localidad 96 (Colima) sería así: r̄ = F- (1M 2F- 3F 4M+) // [r̄] = P (1P+ 24P 3E) // r̄ = P- (14P 23P-), todo lo cual significa que el alófono vibrante normal [r̄] aparece en esa población con cierta *Frecuencia* (entre el 70% y el 65% de las veces en que surge el fonema /r̄/), ya que es el resultado promedio de los usos de cada uno de los cuatro informantes: el primero (1) lo empleó en un 50% de las ocasiones, el segundo (2) en un 70%, el tercero (3) en un 80% y el cuarto (4) en un 60%; el alófono fricativo [r̄] apareció *Poco*, con un promedio total para esa localidad del 20% (informante 1 = 30%, inf. 2 y 4 = 20%, e inf. 3 *Esporádicamente* = 10%); y por último el alófono asibilado [r̄] apareció *Muy Poco*, con un porcentaje total de sólo el 15% (inf. 1 y 4 = 20% e inf. 2 y 3 = 10%). Lectura lenta y acaso compleja, pero indudablemente muy reveladora.

Ya en la Introducción que puse al frente del primer volumen del Atlas presenté una breve exposición de las virtudes de los mapas sintéticos, en especial de la riqueza de su contenido, consecuencia de que “la información reunida en cada uno de ellos equivale a la suma de varias decenas de mapas analíticos, y ofrece, además, la ventaja de reflejar la fonética del habla espontánea dentro del discurso, y no la fonética de la palabra aislada. Son, pues, mapas que permiten apreciar la complejidad del habla dialectal —su grado de polimorfismo— y sus tendencias o preferencias articulatorias, y deducir, de las «estadísticas de frecuencia» (cf. J. Allières en *Via Domitia*, I, 1954, p. 102), el «habla promedio» de la comunidad con ciertas garantías de seguridad” (p. 15).

El análisis de la información reunida en el Mapa 53 relativo al fonema prepalatal africado sordo /ç/² proporciona información mu-

tes; de otro lado, la grabación en cinta magnetofónica de una conversación espontánea, de tema libre, sostenida por el encuestador con cuatro (alguna vez sólo con tres) informantes, conversación que solía durar por lo menos media hora.

² Supeditándome a las posibilidades gráficas de mi computadora, emplearé aquí los siguientes signos fonéticos para representar los alófonos más comunes del fonema /ç/ en el español de México: [ç̣] = prepalatal fricativo sordo; [ç̣̣] = dentoalveolar africado sordo; [ç̣̣̣] = dentoalveolar retrasado, ligeramente palatalizado; [ç̣̣̣̣] = prepalatal africado adelantado, más palatal que [ç̣̣̣̣]; [ç̣̣̣̣̣] = palatal africado, retrasado, más mojado que [ç̣̣̣̣̣]; [ç̣̣̣̣̣̣] = prepalatal africado de oclusión débil, próximo al fricativo [ç̣̣̣̣̣̣]; y [ç̣̣̣̣̣̣̣] = fricativo alveolar ligeramente palatalizado, entre postalveolar y prepalatal.

cho más abundante y jugosa que la que se puede extraer de los cinco mapas analíticos dedicados al fonema /č/. Para mostrar tal conclusión, he tomado la información sobre las realizaciones de /č/ reunida en los cinco mapas analíticos dedicados a este fonema³, eligiendo al azar cuatro poblaciones de diferentes regiones de México: localidad 16 = Tuxtla Gutiérrez (Chiapas); loc. 59 = Tehuacán (Puebla); loc. 95 = Cerro de Ortega (Colima); y loc. 166 = Monclova (Coahuila). Y he comparado esa información con la que aparece en las cuatro mismas poblaciones en el mapa sintético correspondiente a /č/. El resultado de tal confrontación me parece sumamente revelador. Lo presento aquí resumidamente: en Tuxtla Gutiérrez el mapa sintético da testimonio de cinco alófonos: el prepalatal africado normal [č], usado en un 40% de las ocasiones en que aparece el fonema; en segundo lugar, su variante de oclusión débil [č̣] en un 30% de los casos; después la realización oclusiva ligeramente adelantada [č→]; y esporádicamente dos variantes más: la fricativa [š] usada por todos los hablantes de esa población, aunque con muy baja frecuencia, y la muy adelantada, casi despalatalizada [š'] usada también esporádicamente por dos de los informadores. En cambio, los mapas analíticos correspondientes a esa población reúnen sólo tres realizaciones en el caso de *macho*: [č→], [č] y [š']; también tres en el de *huarache*: [č→], [č] y [š]; sólo dos en el caso de *techo*: [č] y [č→]; dos también en el caso de *noche*: [č] y [š'] y tres en el caso de *leche*: [č→], [š'] y [č].

Mucho más acusada todavía es la diferencia existente entre el mapa sintético y los analíticos de la localidad 59, Tehuacán (Puebla). En aquél se consignan cinco alófonos para tal población: [č] como realización normal, y además, aunque minoritariamente: [č̣], [č→], [š'→] y [š]. En cambio, los mapas analíticos sólo recogen una [č] en los casos de *macho*, de *huarache* y de *leche*, y dos en los casos de *techo*: [č] y [č→] y de *noche*: [č] y [š].

Cinco son también los alófonos de /č/ reunidos en el mapa sintético correspondiente a la población 95 (Cerro de Ortega): [č] como realización mayoritaria, pero ya no general, puesto que sólo aparece con un índice promedio del 40%, porcentaje que también alcanza la variante de oclusión débil [č̣], seguida por la plenamente fricativa [š], y muy minoritariamente por la fricativa alveolar ligeramente palatizada [š']. En cambio los testimonios proporcionados por los mapas analíticos en esa población colimense son sólo dos, [č] y [č̣], en los casos de *macho*, de *techo*, de *noche* y de *leche*, y también dos, aunque de diferente distribución, en el caso de *huarache*: [č] y [š].

Finalmente, en lo que respecta a la villa de Monclova (loc. 166), el mapa sintético presenta siete diferentes alófonos, que en orden decreciente de empleo son: [č], [č→], [č̣], [č←], [č→], [š] y [š']. En

³ Números 49 (*macho*), 50 (*huarache*), 89 (*techo*), 90 (*noche*) y 91 (*leche*).

cambio la información correspondiente a esa localidad en el conjunto de los cinco mapas analíticos ofrece sólo cuatro variantes: [č], [č̂], [č→] y [č̂→], con la siguiente distribución: [č], [č̂→] y [č̂] en el caso de *macho*; [č], [č̂→] y [č→] en el de *huarache*; [č], [č̂→] y [č→] en el de *techo*; [č̂], [č] y [č→] en el de *noche*; y sólo [č] y [č̂] en el de *leche*.

En conclusión creo que la información reunida en un solo mapa sintético es más abundante y precisa que la recogida en cinco mapas analíticos. Cosa que también puede advertirse a través de otra cala y confrontación que he hecho atendiendo a lo que sucede, asimismo en relación con el fonema prepalatal africado sordo, en una amplia zona dialectal de México de particular personalidad: el noroeste del país, concretamente en el estado de Sonora y en la península de Baja California. He comparado los testimonios de /č/ obtenidos en 13 poblaciones de esa región⁴, tanto en el mapa sintético cuanto en los analíticos, y he podido advertir diferencias semejantes, pero aún más acusadas que las obtenidas en la confrontación anterior. Sería sumamente engorroso presentar aquí la comparación pormenorizada de lo obtenido en el mapa sintético y en los analíticos de las trece poblaciones, de manera que me limitaré a ofrecer el resumen cuantitativo de tal comparación:

Número de alófonos

<i>Local.</i>	<i>Mapa sint.</i>	<i>Mapas anal.</i>	<i>Local.</i>	<i>Mapa sin.</i>	<i>Mapas anal.</i>
181	3	2	188	5	3
182	6	2	189	4	3
183	5	2	190	3	2
184	6	2	191	5	2
185	4	4	192	4	2
186	4	3	193	5	3
187	4	3			

En ningún caso el número de alófonos reunidos en los mapas analíticos supera al registrado en el mapa sintético. Sólo en una ocasión (loc. 185: Hermosillo) los testimonios de los cinco mapas analíticos alcanzan el mismo número de alófonos —cuatro— que el del mapa sintético. En todos los demás casos, las variantes reunidas en el mapa sintético superan, aun duplican e incluso triplican —como sucede en los casos de las localidades 182 (Ciudad Obregón) y 184 (Bahía Kino),

⁴ Las localidades 181 (Navojoa), 182 (Ciudad Obregón), 183 (Guaymas), 184 (Bahía Kino), 185 (Hermosillo), 186 (Baviácora), 187 (Magdalena de Kino), todas ellas pertenecientes al estado de Sonora; y 188 (San José del Cabo), 189 (La Paz), 190 (Mulegé), 191 (San Felipe), 192 (Guadalupe Victoria) y 193 (Tijuana) en Baja California.

donde la correlación de variantes alofónicas es del orden de 6 a 2— a los de los mapas analíticos. El promedio numérico —absoluto y, consecuentemente, relativo— es de 58 testimonios recogidos en el mapa sintético (con un promedio de 4.5 por localidad) frente a sólo 33 en los mapas analíticos (promedio de 2.5, o sea poco más de la mitad).

Siguiendo con consideraciones puramente cuantitativas, que acaso no sean las más importantes, he calculado que el número total de testimonios del fonema /*ç*/ recopilados a través de los cuestionarios, y del obtenido mediante las grabaciones magnetofónicas de los diálogos sostenidos por los informantes con el investigador, difieren en gran medida. He calculado, en efecto, que en los cinco mapas analíticos de /*ç*/ se reúne un total de aproximadamente 3 000 realizaciones de este fonema⁵, mientras que en las conversaciones grabadas en cintas magnetofónicas la aparición del fonema /*ç*/ podría alcanzar un total de 30 000 aproximadamente, es decir diez veces mayor que el anterior⁶. Y no cabe duda de que treinta mil testimonios son una masa probatoria más rica y segura que la integrada por tres mil de ellos.

Pero, como antes anotaba, acaso esta razón cuantitativa no sea la más importante; y, desde luego, no es la única que hace pensar en la superioridad de los mapas sintéticos sobre los analíticos tradicionales. Líneas antes he señalado ya una de no poco peso: el hecho de que los mapas analíticos reflejen la fonética de la palabra aislada, como suele ser la respuesta que el informante da a cada pregunta del investigador⁷; pero es el caso que las personas no hablamos mediante palabras aisladas, sino a través de locuciones, frases, oraciones y cláusulas más o menos complejas. En las grabaciones magnetofónicas quedan registradas las variantes espontáneas, vivas, alternantes de cada fonema. Así, es muy posible que un informante que sólo se haya servido de un alófono particular de /*ç*/ al dar respuesta a las preguntas del cuestionario, o sea que haya contestado únicamente [m^hç→o,

⁵ Pues en cada una de las 193 localidades se recogieron las respuestas de tres (algunas veces de cuatro) informadores, lo cual supone unas 580 respuestas para cada mapa; considerando los cinco mapas referentes a /*ç*/, el total sería de casi 2 900 formas. Cálculo que coincide en líneas generales con el que parte de los 601 cuestionarios aplicados en total en todo el país, en cada uno de los cuales podrían figurar todas las respuestas a los cinco cuestionarios referentes a palabras con /*ç*/, de manera que el total de respuestas ascendería hipotéticamente a 3 005 como máximo posible.

⁶ El cálculo de esta cantidad es menos preciso o seguro que el de la anterior. Lo he hecho así: hicimos grabaciones de 754 conversaciones con los informantes de todo el país; en cada grabación de media hora de duración he calculado que aparece un promedio de 40 realizaciones de /*ç*/, lo cual da un total de 30 160 formas. (En algunas encuestas conversacionales sólo detecté 30 apariciones de /*ç*/, pero en la mayor parte de ellas pasaban de 40 y en no pocos se aproximaban a los 60.)

⁷ Por ejemplo: Encuestador.— “El día tiene tres partes: mañana, tarde y...?”. Informante: “Noche”. Enc.— ¿Cómo se llama este calzado rústico, de tiras de cuero y suela gruesa...?”. Inf.— “Huarache”. Enc.— “Después de abril viene...?”. Inf.— “Mayo”, etcétera.

téc→o, nóc→e, léc→e], sistemáticamente con [ĉ→], se sirva además, en la conversación libre, de otros alófonos menos tensos y esmerados. Así, el polimorfismo local —de una población determinada— podría quedar relativamente bien reflejado en el mapa si cada uno de los tres —o, a veces, cuatro— informantes entrevistados se hubiera servido de un alófono diferente⁸, mientras que el polimorfismo individual podría no ser detectado en los mapas analíticos; en cambio, los mapas sintéticos reflejarán siempre fácilmente esa clase de polimorfismo individual. Esto es lo que sucede, por ejemplo, en el caso del informante 1 de Monclova, cuyas respuestas aparecen en los mapas analíticos realizados a través de sólo dos alófonos: mayoritariamente con [ĉ], en *macho, huarache, noche, leche*, y sólo una vez con [ĉ̂], en *techo*; en cambio, el mapa sintético correspondiente muestra que ese hablante se servía no sólo de [ĉ] y de [ĉ̂], sino también de [ĉ←], de [ĉ→], de [š] y de [s'], dando muestra de un polimorfismo intensísimo, que no fue detectado en las encuestas hechas con cuestionario.

Los mapas sintéticos proporcionan una mayor precisión y seguridad en las transcripciones fonéticas, ya que permiten al investigador escuchar cuantas veces sea necesario el alófono grabado en la cinta magnetofónica, en tanto que la transcripción directa hecha en el momento mismo de la encuesta no permite servirse de tal recurso ni obtener, consecuentemente, la misma precisión y seguridad.

El mapa sintético proporciona al lector el resultado final del lento trabajo comparativo que habría de hacer éste anotando y reuniendo las formas consignadas en las respuestas correspondientes en cada uno de los diferentes mapas en que se da entrada al fenómeno de que se trate⁹. Esto es, el mapa sintético presenta ya hecho el tra-

⁸ Como sucedió, efectivamente en el caso de *techo* en la localidad 166 (Monclova), donde el informante 1 se sirvió de la variante normal, africada, [ĉ], en tanto que el 2 usó el alófono semioclusivo [ĉ̂], y el 3 empleó la variante adelantada de éste [ĉ→]; diversidad de respuestas entre los diferentes informantes que se da con frecuencia en otros muchos casos. (Por otra parte, los tres primeros informantes de esa localidad 166 dieron muestra, en la conversación grabada magnetofónicamente, de un intenso polimorfismo personal, según queda consignado en el mapa sintético correspondiente: el informante 1 articuló en la mayor parte de las ocasiones [ĉ̂], pero también se sirvió de las variantes [ĉ→] y [ĉ̂], y aun, esporádicamente, de [ĉ←], [ĉ→], [š] y [s']; el informante 2, por su parte, se sirvió de los alófonos [ĉ̂], [ĉ̂] y [ĉ←]; y el 3, de [ĉ̂], [ĉ→] y [ĉ̂]).

⁹ Así, el mapa sintético de /ĉ/ permite advertir, de un solo vistazo, que en Cerro de Ortega (loc. 95), por ejemplo, los hablantes se sirven de cinco alófonos diferentes: [ĉ̂], [ĉ̂], [š], [s'] y [ĉ→] en proporciones distintas (del 40% en los dos primeros casos, del 10% en el tercero, y de sólo el 5% en los dos últimos), y que el informante 1 utiliza todas esas variantes, en tanto que el 4 sólo usa las dos primeras, etc. Para llegar a tales conclusiones a través de los mapas analíticos correspondientes, el lector del *ALMex* tendría que hacer un trabajo comparativo lento e incómodo, al final del cual, por otra parte, no podría determinar con precisión los porcentajes de empleo de cada alófono.

bajo de lectura, comparación y evaluación que habría de hacer pacientemente cada lector de los mapas analíticos del *Atlas* para determinar qué alófonos se usan en cada población y en qué proporción aparece cada uno de ellos.

Los mapas sintéticos del *ALMex* dan también mayores garantías de homogeneidad en lo que respecta a las transcripciones fonéticas, ya que cada uno de ellos ha sido hecho por un solo investigador, en tanto que los mapas analíticos son el resultado de las encuestas hechas por diferentes encuestadores en las diversas localidades del país¹⁰, y por mucho que hayamos tratado de proporcionar una formación fonética uniforme y un sistema de transcripción común a los cinco investigadores que intervinieron en el levantamiento del *Atlas*, siempre se habrán producido algunas resquebrajaduras —aunque acaso sólo leves— entre unos y otros.

Una ventaja más de los mapas sintéticos sobre los analíticos radica en la mayor variedad de los contextos fónicos en que se encuentran los fonemas analizados en aquéllos. Los cinco mapas analíticos del *Atlas* mexicano presentan otras tantas secuencias fonéticas diferentes: [-âco, -âce, -êco, -ôce y -êce]. Al preparar el mapa sintético de /ê/, me di cuenta de algo que no había advertido años atrás, al organizar el cuestionario con que se habrían de hacer todas las encuestas: que todas las /ê/ previstas en él estaban en posición postónica y cuatro de ellas aparecían en palabras bisílabas: *macho, techo, noche y leche*. En cambio, entre las 30 000 apariciones de /ê/ registradas en las grabaciones magnetofónicas, había secuencias fónicas de todo tipo, así como /ê/ no sólo postónicas, sino también pretónicas: [ôco, muçâcos, câmaña, çîko, mañçádo, eñçarkár], etc. Y claro está que hubiera sido prácticamente imposible abrir en el cuestionario fonético una entrada para cada una de las posibles secuencias fonéticas en que podría aparecer la /ê/ o todos los demás fonemas de la lengua española. El número de mapas fonéticos imaginables habría ascendido a muchos centenares o acaso millares.

No deja de parecerme importante tampoco el hecho de que hayamos podido levantar también mapas sintéticos en el sector gramatical, cosa que hubiera sido casi imposible en determinados casos a través de preguntas hechas con cuestionario: me refiero, claro está, a los mapas sintéticos incluidos en el volumen IV del *Atlas*, en que se registran todos los nexos adversativos, tanto restrictivos como exclusivos (Mapa A), los temporales de simultaneidad (Mapa B1) o de disparidad (Mapa B2), los causales (Mapa C), los finales (Mapa D) y los condicionales y concesivos (Mapa E), nexos que aparecieron en las

¹⁰ En la actualidad, el levantamiento de atlas lingüísticos de grandes dominios —como el de México— difícilmente podría ser hecho por un encuestador único, contratado exclusivamente para tal fin.

grabaciones magnetofónicas de las conversaciones libres mantenidas en cada localidad. Se documentan en esos seis mapas cientos de apariciones espontáneas de nexos conjuntivos muy diversos.

En el caso de las locuciones adversativas recopilamos un total de 36, entre restrictivas y exclusivas a partes iguales¹¹; y en lo que respecta a los causales, el total ascendió sorprendentemente a 50 formas entre conjunciones propiamente dichas —como *porque, pues, como, que*, etc.— y locuciones conjuntivas —como *debido a que, dado que, con el motivo de que, en vista de que, por el hecho de que*, etc.— abundancia y diversidad de formas que no me es posible imaginar siquiera cómo podrían haberse recogido mediante el empleo de un cuestionario tradicional de preguntas directas¹². El único nexo que incluí en el cuestionario escrito fue la preposición *hasta*, con el propósito de consignar su significado de límite final o inicial en las hablas mexicanas, es decir para determinar si una oración como “Abren *hasta* las once” significaba que ‘a las once cierran’ (español general) o que ‘apenas a las once abren’ (español mexicano)¹³. Pues bien, las cinco preguntas (cuestiones 645 a 650 del cuestionario escrito, mapas 609 a 613 del vol. IV del *ALMex*) dedicadas a ese punto tuvieron que ser hechas en la gran mayoría de los casos de manera directa, pues era prácticamente imposible provocar en el informante un enunciado espontáneo en que apareciera la preposición *hasta* en contextos similares a los incluidos en el cuestionario como respuestas (con los verbos *abrir, trabajar, venir, esperar y pagar*, antepuesto o pospuesto éste a la preposición).

Un inconveniente halló —y no desdeñable— en los cuestionarios sintéticos: el tiempo —y el trabajo— que requieren para prepararlos y disponerlos para su impresión. Escuchar atentamente, una y otra vez, todas las conversaciones grabadas en cintas magnetofónicas, anotar en cada caso el asunto de que se trate —articulación precisa del fonema /*ç*/ o cada uno de los nexos temporales o causales, etc., que vayan apareciendo—, calcular posteriormente el número y proporción de todas las formas reunidas, es tarea lenta y delicada; en cambio,

¹¹ En el caso de las restrictivas, que consigno aquí como simple ejemplo, fueron *pero, pero que, pero no más que, pero nada más, que, mas, mas sin embargo, nada más que, no más que, más que, sólo que, solamente que, sin embargo, en cambio, sin en cambio, aunque, aun cuando, menos y salvo*.

¹² En los dos mapas sintéticos de nexos temporales reunimos un total de 82 formas diferentes, algunas de las cuales resultaban desconocidas para nosotros, los autores del *Atlas*, hablantes de un dialecto urbano de la lengua española. Tal fue el caso, por ejemplo, de *al modo de* con sentido temporal, no modal: “Lo estuve esperando *al modo de ir* haciendo la comida” (‘*mientras* hacía’). Semejante desconocida —para nosotros— originalidad se dio en el caso de algunos nexos causales, como *por medio de que* en el período causal siguiente: “Lo hacen fácil *por medio de que* son de barro batido no más”.

¹³ Cf. mi artículo “Precisiones sobre el uso mexicano de la preposición *hasta*”, *ALHis*, 6 (1990), 293-321.

trasladar las respuestas ya escritas en los cuestionarios para una determinada pregunta a la tarjeta correspondiente que se habrá de entregar a la imprenta (o a la computadora) es tarea rápida y sencilla, que puede llevar a cabo cualquier persona, sin necesidad de que posea una fina capacitación fonética, como sí ha de poseer el investigador que transcriba las variantes fonéticas de cada fonema escuchadas en la cinta magnetofónica. En el caso del *ALMex*, la preparación del contenido de cada mapa analítico para su entrega al dibujante, linotipista o “computadorista”¹⁴, podía hacerse en un par de días; la misma tarea en cada mapa sintético requería de un promedio de tres meses. Claro está que este arduo y lento trabajo lo hacía sólo una vez un solo investigador, en beneficio de los cientos (?) de lectores del *Atlas* que habrían tenido que realizar la correspondiente tarea comparativa de los dispersos mapas analíticos.

El haber aplicado nuestro cuestionario a tres o cuatro informantes en cada localidad ha sido, asimismo, causa de que en los mapas léxicos (analíticos) hayamos tenido que acumular una cantidad de información superior a la que suele reunirse tradicionalmente cuando se trabaja con informador único en cada población. Consecuencia de nuestro método ha sido que en no pocas localidades hayamos obtenido una respuesta léxica diferente de cada uno de los informadores, es decir tres o cuatro igualmente válidas, cuando no más, ya que a veces algún informante nos proporcionaba dos o más nombres para el objeto o concepto en cuestión, también todos igualmente válidos. Y a todos ellos teníamos que dar cabida en el mapa correspondiente, con el consiguiente abigarramiento. Por ello, pensé que lo mejor sería indicar en los mapas las respuestas léxicas por medio de símbolos gráficos de fácil identificación, renunciando a escribir en el mapa la palabra —o la locución, a veces algo extensa— completa, que no habría cabido materialmente en el espacio físico del mapa.

Digo que me sentía obligado a dar cabida en los mapas léxicos a todas las respuestas que nos proporcionasen los informadores, y no sólo a la que brotara espontáneamente de sus labios; y ello, porque estoy convencido de que esas *segundas respuestas* pueden, y suelen, proporcionar jugosísima información dialectal. Ya en otra ocasión¹⁵

¹⁴ Los tres procedimientos fueron utilizados por nosotros durante la cartografía del *ALMex*. Abandonamos el viejo método manual con que se había hecho el primer volumen, para beneficiarnos de la técnica computacional, especialmente en lo que a ahorro de tiempo se refería, pero la verdad es que no fue mucho el ahorro de tiempo que obtuvimos con ello. Se redujo, eso sí, la intervención laboral humana: en vez de tres dibujantes, un sólo “capturista” computacional se encargó de hacer el delicado y complejo trabajo.

¹⁵ Cf. la ponencia sobre “Las respuestas secundarias en el *Atlas Lingüístico de México*”, que se publicará en las *Actas* del V Congreso Internacional de “El español de América”, Burgos, 6-10 de noviembre de 1995.

he tenido oportunidad de mostrar la pertinencia de ese escrúpulo metodológico. Recordaré aquí solamente un par de ejemplos. Sea el primero lo que sucede en la localidad 170 del *ALMex* (Delicias, Chihuahua), donde se da nombre de *asientos* —como en la mayor parte del país— a los ‘posos o sedimentos de los líquidos’, pero donde *secundariamente* apareció también la voz *granzas* en labios de uno de los informantes allí entrevistados. Esto permite establecer alguna relación dialectal entre el habla de Delicias y las del estado de Nayarit, donde la respuesta *granzas* apareció, aunque desventajosamente frente a otras denominaciones, en cuatro poblaciones de las cinco visitadas en el estado de Nayarit, caracterizando o individualizando esas hablas. La respuesta primaria, *asientos*, habría vinculado al habla de Delicias con las del resto del país, sin establecer diferenciación dialectal alguna; la respuesta secundaria, *granzas*, permite diferenciarla y relacionarla con la zona dialectal nayarita.

Sea el segundo ejemplo el que nos proporciona la encuesta realizada en la localidad 71 del *Atlas* (Temascaltepec, Estado de México), donde recogimos, sólo de labios de un informante, la palabra *borda* como nombre del ‘declive o lado de una montaña’, frente a las respuestas generales de esa población: *ladera* o *lado*. Esa respuesta secundaria, *borda*, además de caracterizar al habla de Temascaltepec frente al resto del país, podría ser reminiscencia del vocabulario de origen marinerero propio de muchos de los primeros pobladores españoles de América. Cabría también la posibilidad —que (casi) todo es posible en cuestiones de lengua viva— de que esa respuesta, *borda*, fuera contestación improvisada de ese singular informante, lo cual no dejaría de ser significativo y revelador.

Sucede, como líneas antes he apuntado, que algunas veces —no muchas en verdad, pero tampoco extraordinariamente raras— un solo informante proporciona tres o aun cuatro respuestas válidas para una sola cuestión, de manera que él, por sí solo, alcanza a reflejar el polimorfismo local, del dialecto a que pertenece¹⁶. Un informador

¹⁶ Tal es el caso, por ejemplo, del informante núm. 3 de la localidad 146 (Aramberri, Nuevo León), quien a la cuestión 651 (Mapa 614, dedicado a los nombres del ‘colibrí’) dio tres respuestas, *chuparrosa*, *chupamiel* y *colibrí*, en tanto que los demás informadores sólo dijeron *colibrí*. También el Mapa 622, dedicado a las denominaciones de la ‘libélula’, ofrece información significativa en torno a mis consideraciones: En la localidad 16 (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas), cada uno de los sujetos entrevistados dio una respuesta diferente: *libélula* el núm. 1, *cigarrillo* el 2, *cigarra* el 3 y *cigarrito* el 4 (lo cual confirma, una vez más, la conveniencia de entrevistar a varias personas en cada población); pero en la localidad 41 (Tlacotalpan, Veracruz), en tanto que los informantes 1 y 2 proporcionaron una sola respuesta cada uno (*palomilla* y *caballito* respectivamente), el informador 3 nos dio otras tres respuestas diferentes: *libélula*, *caballito del diablo* y *mulita*. Y cuatro respuestas diversas dio el informante 3 de la localidad 140 (Soto la Marina, Tamaulipas) al preguntarle por el nombre del ‘cerdo’ (uno de los animales que mayor número de denominaciones tiene en español):

de esta naturaleza, cuya habla sea intensamente polimórfica como resultado y reflejo del polimorfismo local, podría avalar encuestas hechas con informante único, pero lamentablemente son muy escasos los hablantes de esta clase. Lo normal y más común es que el informador proporcione una sola respuesta a cada una de las cuestiones que se le planteen. De ahí que no me arrepienta de haber decidido entrevistar a siete u ocho informantes en cada una de las poblaciones mexicanas visitadas para levantar el *ALMex*, no obstante el trabajo y esfuerzo adicional que ello implicaba. Los cinco investigadores que hicieron las encuestas lo asumieron valientemente.

En conclusión creo que, si bien los mapas léxicos del *ALMex* son, como los sintéticos de fonética y de gramática, abigarrados y de lenta o compleja lectura, compensan ese inconveniente con la riqueza de los datos que reúnen y la variedad de las informaciones que proporcionan.

En la reseña que publicó en el semanario *Blanco y Negro*¹⁷, resume Manuel Alvar sus consideraciones en torno al volumen I del *ALMex*, tras destacar su “prodigiosa riqueza de información”, haciendo ver que el *Atlas mexicano* “no ha roto con nada para hacer adelantar a la ciencia” (p. 14*d*). Tal fue mi propósito, ya que siempre he tratado de mantenerme dentro de la tradición filológica hispánica¹⁸. Más que en la revolución confío en la evolución, en la superación. No me seduce nada el cambio por el cambio, si no representa algún progreso. En esto, como en tantas otras cosas, estoy enteramente de acuerdo con mi compañero y viejo amigo desde que hace tantos años recorrimos las faldas del Ajusco.

JUAN M. LOPE BLANCH

Universidad Nacional Autónoma de México
El Colegio de México

puerco, marrano, cerdo y cochino, en tanto que los otros dos informadores sólo contestaron *puerco*. Cosa muy parecida sucedió en el caso del Mapa 624, dedicado a los nombres de la ‘garrapata’ (menos diversificados en español que los del *cerdo*): todos los informantes de Tlacotalpan (loc. 41) se sirvieron de la denominación común y general, *garrapata*, pero el informador 3 nos proporcionó otros tres nombres más: *conchuda* (que también empleó el informante 1), *bermeja* y *chipo*.

¹⁷ Cf. MANUEL ALVAR, “Geografía lingüística”, *Blanco y Negro* (Madrid), 22 de septiembre de 1991, núm. 3769.

¹⁸ Creo, en consecuencia, que los mapas sintéticos y los analíticos no se oponen entre sí, sino que se complementan recíprocamente. Unos y otros poseen virtudes innegables, pero también presentan limitaciones o inconvenientes notorios. Si mis mapas sintéticos hubieran hecho, realmente, “adelantar a la ciencia”—como lo considera Manuel Alvar—, tendría por muy bien recompensado nuestro esfuerzo.